

# Sobre fetichismo y mistificación como formas de apariencia

## Una lectura de la crítica de la economía política de Marx

Clara Ramas San Miguel

Recibido: 11.01.2016 – Aceptado: 21.03.2016

### Titre / Title / Titolo

Fétichisme et mystifications comme des formes d'apparence. Une lecture de la critique de l'économie politique de Marx

On Fetishism and Mystification as Forms of Appearance. A Reading of the Critique of Political Economy in Marx

Su fetichismo e mistificazione come forme di apparenza. Lettura della critica de l'economia politica di Marx

### Resumen / Résumé / Abstract / Sommario

En este artículo se presenta una interpretación de la crítica de la economía política de Marx articulada sobre los conceptos de fetichismo y mistificación entendidos como formas de apariencia. Se sostendrá la tesis de que estos conceptos, lejos de consistir, como a veces ha sostenido la tradición marxista, en meros recursos retóricos o vestigios de una mala filosofía idealista, componen, como conceptos de pleno derecho, una parte constitutiva y fundamental del núcleo teórico de la obra madura de Marx. Tras presentar el significado de ambos conceptos y sus formas como formas de apariencia, trataremos de mostrar el valor, consideramos, arquitectónico que ambos conceptos guardan para la estructura interna de la crítica de la economía política. En concreto, consideramos que el concepto de fetichismo es central para comprender la teoría del valor de Marx, y el de la mistificación, para aquello que podemos llamar teoría del plusvalor y que abarca todo el desarrollo conceptual restante de los libros I y III de *El capital*.

Cet article présente une interprétation de la critique de l'économie politique de Marx articulée sur les concepts de fétichisme et mystification comprises comme des formes d'apparence. On soutient la thèse que ces concepts, loin d'être, comme parfois la tradition marxiste a défendu, une simple rhétorique ou vestiges de une mauvaise philosophie idéaliste, ils font partie constitutive et essentielle du noyau théorique de l'œuvre de maturité de Marx. Après avoir présenté le sens de ces deux concepts et leurs formes comme des formes de l'apparence, on essaie de montrer la valeur, que on peut considérer comme architecturale, que ces deux concepts gardent pour la structure interne de la critique de l'économie politique. Plus précisément, nous considérons que le concept de fétichisme est essentiel à la compréhension de la théorie de la valeur de Marx, et ceci de mystification à la compréhension de ce que nous appelons la théorie de la plus-value, que comprend le reste du développement conceptuel des Livres I et III de *Le Capital*.

This paper presents an interpretation of Marx' critique of political economy articulated around the concepts of fetishism and mystification understood as forms of appearance. According to the thesis proposed, far from being mere rhetorical resources or rests from remains of a bad idealist philosophy, make out a constitutive and fundamental part of the theoretical core of Marx' mature work. After a discussion of the meaning of both concepts and their forms as forms of appearance, we will try to show the architectonic meaning function that both concepts hold for the internal structure of the critique of political economy. In particular, we shall present the concept of fetishism as crucial for the understanding of Marx' value theory, and that of mystification as a central one for what can be designed as a surplus value theory, a concept which is also central to the whole conceptual developments in of books I and III of *Capital*.

Nell'articolo si propone una interpretazione della critica dell'economia politica di Marx articolata intorno ai concetti di fetichismo e mistificazione intesi come forme di apparenza. Si sostiene la tesi che tali concetti, lungi dall'essere, come ha spesso sostenuto la tradizione marxista, una semplice risorsa retorica o vestigi di una pessima filosofia idealista, costituiscono, in quanto concetti di pieno diritto, una parte costitutiva e fondamentale del nucleo teorico dell'opera matura di Marx. Si presenta il significato di entrambi i concetti e delle loro forme come forme dell'apparenza e, a continuazione si mostra la funzione, che consideriamo architettonica, di entrambi i concetti per la struttura interna della critica all'economia politica. Riteniamo, in sintesi, che il concetto di fetichismo è centrale per la comprensione della teoria del valore di Marx, e che il concetto di mistificazione è fondamentale per capire ciò che possiamo chiamare una teoria del plusvalore e l'intero sviluppo concettuale dei libri I e III de *Il Capitale*.

### Palabras clave / Mots-clé / Keywords / Parole chiave

Crítica de la economía política, fetichismo, mistificación, apariencia, teoría del valor, plusvalor

Critique de l'économie politique, fétichisme, mystification, apparence, théorie de la valeur, plus-value

Critique of political economy, fetishism, mystification, appearance, value theory, surplus value

Critica dell'economia politica, fetichismo, mistificazione, apparenza, teoria del valore, surplus

## 1. Las formas del fetichismo y la mistificación. El sistema de la apariencia

Cuando Marx, en 1858, definía a su amigo Lasalle el proyecto en que se hallaba embarcado, que a la sazón tomaría el nombre, nunca abandonado, de una «crítica de la economía política», se expresaba así: «El trabajo del que se trata es una crítica de las categorías económicas o, *if you like*, el sistema de la economía burguesa expuesto de modo crítico. Es al mismo tiempo exposición del sistema y a través de la exposición crítica del mismo (Marx, 1965: 550 y ss.)»<sup>1</sup>. Es una crítica, entonces, no de tal o cual tesis o teoría específica de sus representantes, sino de esa ciencia como un todo<sup>2</sup>, y esto significa en primerísimo lugar: de sus presupuestos conceptuales, de lo que se toma por evidente o como punto de partida que no ha de ser cuestionado. Dicho de otro modo, no es tanto una crítica de las respuestas inadecuadas que se ofrecen a tales o cuales problemas, sino del modo mismo de plantear las preguntas y convertir algo en problema. Crítica, pues, de una ciencia en su conjunto, sometimiento a examen de las evidencias e implícitos de los que dependen sus modos de interrogación y sus conceptos y teoremas más elementales.

Pero al hacer esto, al romper con la forma de problematización de la economía política, Marx hace algo más: pone en cuestión el saber de sí, la auto-comprensión efectivamente existente de la sociedad civil que en ella se articula conceptualmente, y el modelo mismo de *realidad efectiva*, la *ontología* implícita, que le subyace. La

crítica de Marx es, pues, una crítica de la auto-conciencia inmediata y espontánea que esta sociedad tiene de sí. Esta auto-conciencia se expresa, ante todo, en ciertas formas «absurdas» o «desquiciadas» que constituyen «las categorías de la economía burguesa»; formas absurdas e irracionales, pero a la vez “socialmente válidas, esto es, formas de pensamiento objetivas para las relaciones de producción (...)” (Marx, 1962: 90)<sup>3</sup>, en la medida en que no constituyen desvaríos sin fundamento o errores cualesquiera de conocimiento, sino que son la reproducción de una imagen, ciertamente invertida [*verkehrrt*], de las relaciones capitalistas reales, pero que emerge por sí sola, necesariamente, de esas relaciones. Lo que aparece, entonces, no deja ver inmediatamente las condiciones de su aparición, y la economía política, como saber de ello, no hace sino permanecer atrapada en lo que inmediatamente aparece, reproduciéndolo espontáneamente, sin preguntar por la razón o la condición de su aparición<sup>4</sup>. El economista burgués, «cuyo limitado cerebro no es capaz de separar la forma de aparición de aquello que en ella aparece (...)» (Marx, 1962: 594), es un esclavo de la apariencia. La economía política reproduce sin reflexión una estructura de lo real atravesada por la inversión y con un cierto juego complejo entre las relaciones económicas y sus formas de aparición. Marx plantea, pues, un cierto juego de relación y distancia entre la forma de manifestación o aparición [*Erscheinungsform*] y lo que ahí constituye esencia o realidad; y persigue en lo que inmediatamente aparece una cierta dimensión de apariencia [*Schein*], su necesidad y sus efectos específicos en esa constitución real. La crítica de la economía política contiene, por consiguiente, una teoría de la apariencia, pero de una apariencia «socialmente necesaria» u «objetiva» [*gegenständlich*], esencial al movimiento de la sociedad moderna. Entonces, la

<sup>1</sup> Citamos las obras de Marx según la habitual edición Marx-Engels Werke (MEW) —o Marx Engels Gesamtausgabe (MEGA) cuando se trate de un texto no disponible en la primera—. Indicamos el número de tomo y de página —y de sección en MEGA—. La traducción del alemán es nuestra en todos los casos.

<sup>2</sup> En palabras de M. Heinrich, Marx pretendía elaborar no sólo una crítica «de ciertas teorías, sino la crítica de una *ciencia completa*, más precisamente, una crítica de aquella ciencia que articulaba la auto-comprensión de la sociedad civil» (Heinrich, 2009: 73). Del extenso corpus que constituye la crítica de la economía política, la mayor parte del cual no fue publicado en tiempo de Marx, nos referiremos aquí principalmente a *El capital*. Para un rigurosísimo resumen de las distintas fases y textos que componen el proyecto, V. Heinrich (2011: 155-198).

<sup>3</sup> Un excelente análisis de esta problemática en Backhaus (2011).

<sup>4</sup> No nos puede maravillar, por ende, que precisamente en la forma enajenada de aparición de las relaciones económicas, donde éstas son *prima facie* contradicciones absurdas y consumadas (...), que precisamente aquí, decíamos, la economía vulgar se sienta perfectamente a sus anchas y que esas relaciones se le aparezcan como tanto más evidentes cuanto más escondida está en ellas la conexión interna, pero más correspondan a la representación ordinaria (Marx, 1964: 825).

«crítica de la economía política» es, al mismo tiempo que una ruptura con el sistema de categorías y problematizaciones de una ciencia, un análisis de una realidad que tiene como forma constituyente un complejo juego de formas de apariencia y aparición.

Pues bien, ¿existe alguna categoría en la crítica de la economía política que tematice explícitamente esta apariencia? Sí, los conceptos de «fetichismo» y «mistificación», de los que aquí nos ocupamos. Los fenómenos que designan esos conceptos son calificados por Marx como «apariencia objetiva» y como «formas de manifestación» o «aparición». Es aquí, pues, donde hay que anclar la reflexión de Marx sobre la cuestión de la apariencia, y donde puede rastrearse, aunque en esta ocasión no podamos justificar esto como se requeriría, su intervención en la historia de la filosofía con una forma *filosófica* de pensar la cuestión de la apariencia, una forma que la reconoce como estructura inmanente de lo efectivamente real y que implica por ello un concepto peculiar de realidad efectiva, que en muchos sentidos sigue las líneas trazadas en la lógica de la esencia de Hegel, que no contrapone sin más ser y aparecer, que no confunde aparición y apariencia, y que por ello no relega la apariencia al «no ser», todo ello marcas fundamentales de la historia de la metafísica dominante.

Para poder valorar justamente el papel fundamental que estos conceptos o formas de apariencia juegan en la estructura y el desarrollo de la crítica de la economía política, hay que desplegarlos en sus distintas formas. Estas formas aparecen, en efecto, constituyendo una cierta organización o sistema. Pueden encontrarse seis de estas formas: tres formas de fetichismo y tres de mistificación.

## 1.1. El fetichismo de la mercancía

Comenzamos por el fetichismo y su forma fundamental, el fetichismo de la mercancía. La definición de fetichismo en *El capital* reza:

Lo misterioso de la forma mercancía consiste pues, simplemente, en que ella devuelve a los hombres el carácter social de su propio trabajo reflejado como carácter objetivo de precisamente los productos de trabajo, como propiedades naturales-

sociales de estas cosas; y por ello también devuelve la relación social de los productores con el trabajo total reflejada como una relación social de objetos que existiera fuera de ellos. Mediante este quidproquo los productos de trabajo se transforman en mercancías, cosas sensiblemente suprasensibles o sociales. (...) Se trata tan sólo de la determinada relación social de los hombres misma, que toma aquí para ellos la forma fantasmagórica de una relación entre cosas (Marx, 1962: 86-87).

El fetichismo, que es un estado de cosas *necesario e inevitable* bajo condiciones capitalistas —ser cosa es entonces ser mercancía y ser fetiche<sup>5</sup>, consiste en una cierta estructura: algo refleja otro *algo como algo* para alguien. Y esto en dos sentidos rigurosamente paralelos: la forma mercancía refleja algo como algo para los hombres, a saber, «el carácter social de su propio trabajo» como una propiedad de las cosas; y por ello también la mercancía refleja otro algo, «la relación social» como otro algo para esos mismos hombres, a saber, como una relación social que existiera autónomamente. Es decir, por un lado, a estas personas les parece que esas cosas poseen como propiedades naturales lo que en rigor no son sino sus propias relaciones<sup>6</sup>. Podemos denominar a esto, Marx lo hace en otros textos, «personificación de las cosas». Por otro lado, la relación entre las personas parece reducirse o consistir en una relación entre cosas. A las personas en relación se les aparece su propia relación como si fuera una relación no entre ellos, sino entre las cosas. Es decir, «cosificación de las personas»<sup>7</sup>. Marx no exagera cuando habla del «carácter místico» o «fantasmal» de la mercancía: se revelan como «cosas sensibles suprasensibles». Suprasensibles o sociales, parece ser que lo social aquí

<sup>5</sup> «A esto lo denomino el fetichismo, que se adhiere a los productos de trabajo tan pronto son producidos como mercancías, y que es por tanto inseparable de la producción de mercancías» (Marx, 1962: 87).

<sup>6</sup> Como señala Marx en el análisis del equivalente de la forma valor, solemos entender que las propiedades de una cosa no nacen de su relación con otras cosas, sino que más bien sólo se ponen en ejercicio en esta relación. Por ello, por mucho que la propiedad de representar trabajo inscrita en la mercancía la reciba únicamente a partir de ser puesta en relación con otras mercancías y, por ende, de referir unos trabajos a otros, inevitablemente surge la apariencia de que esta mercancía posee por sí sola la propiedad de representar trabajo como una capacidad suya.

<sup>7</sup> Para un estudio de la dimensión de cosificación en el fetichismo, v. Wallat (2004).

adquiere algún tipo de cualidad misteriosa que Marx solo acierta a describir con expresiones tan paradójicas como «sensiblemente suprasensible».

Es cierto que Marx no dedica en ningún lugar de la crítica de la economía política apartados diferenciados, como tales, a la presencia del fetichismo en otras categorías, como sí hace con el fetichismo de la mercancía. Sin embargo, sí es posible demostrar en los textos que, como no puede sorprender, el fetichismo no se limita a la mercancía, sino que recubre todas las formas económicas del modo de producción capitalista. Si bien no lo desarrolló de forma separada, Marx señala en algunos lugares de la *Contribución* y de *El capital* la dimensión sistémica y fundamental de la categoría «fetichismo» como estructuradora del resto de categorías económicas<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> Por ejemplo en este pasaje de la *Contribución*, que mantuvo casi literal en la redacción de la primera edición de *El capital*: «Dado que la forma mercancía es la forma más general y menos desarrollada de la producción burguesa -motivo por el cual se manifiesta tempranamente, si bien no en el modo dominante o característico en que lo hace hoy en día-, su carácter de fetiche parece relativamente fácil de vislumbrar. Pero en las formas más concretas se desvanece esta apariencia de sencillez. ¿De dónde vienen las ilusiones del sistema monetarista? No veía en el oro y la plata que, como dinero, representaban una relación de producción social, sino que las tomaba en la forma de cosas naturales [con propiedades sociales especiales, añadido de la segunda edición]. Y la economía moderna, que, dándose importancia, mira por encima del hombro al sistema monetarista, ¿no se vuelve su fetichismo palpable, tan pronto como comienzan a tratar el capital? La misma ilusión irrumpe a cara descubierta cuando el capital, que pretendía determinar torpemente como cosa, se le enfrenta como relación social, y de inmediato, cuando apenas la había fijado como tal, merodea de nuevo como cosa. ¿Hace acaso tanto tiempo que se desvaneció la ilusión fisiocrática de que la renta del suelo nace de la tierra, y no de la sociedad?» (Marx, 1983: 37). Aquí, el fetichismo recorre la mercancía, el dinero y el capital, y se apunta a la mistificación de la renta del suelo. Marx señala pues que este fenómeno recubre todas las categorías económicas fundamentales de la sociedad capitalista. Marx lo señala también en el siguiente texto, en las últimas páginas del libro III de *El capital*: «Al examinar las categorías más simples del modo de producción capitalista y de la propia producción de mercancías, esto es, la mercancía y el dinero, ya hemos verificado su carácter mistificador, que transforma las relaciones sociales, a las cuales sirven como portadores en la producción los elementos materiales de la riqueza, en propiedades de estas mismas cosas (mercancía); y, de modo aún más decidido, [transforma] a la propia relación de producción en una cosa (dinero). Todas las formas de sociedad, en la medida en que conducen a la producción de mercancías y a la circulación de dinero, toman parte en esta inversión. Pero en el modo de producción capitalista y en el capital, que constituye su categoría dominante, su relación de producción determinante, este mundo encantado e invertido se desarrolla mucho más allá» (Marx, 1964: 835).

## 1.2. El fetichismo del dinero

Para entender el fetichismo del dinero, hay que retrotraerse al análisis de la forma valor, y en concreto, a la forma equivalente: «Hemos visto que la forma dinero solo es el reflejo, adherido a ella misma, de la relación de una mercancía con todas las demás» (Marx, 1962: 105). Esto es, la forma dinero presupone como su verdadera razón de ser la relación de una mercancía con todas las demás, o una mercancía jugando el papel de equivalente<sup>9</sup>. El dinero, que no es sino el equivalente general fijado socialmente, reproduce consumada y fijada esta peculiaridad del equivalente: la de aparentar poseer por naturaleza, como propiedad cósmica suya, lo que se deriva de su relación con otra mercancía como representante de trabajo humano. El dinero, como fijación definitiva del equivalente, consume la propiedad de éste: el ser, como cuerpo natural de la mercancía, la encarnación inmediata del valor, o la relación de los trabajos privados entre sí, que de este modo adquieren su carácter social. No es sino la figura acabada, que recibe la fijación definitiva otorgada por el consenso social, del equivalente. Por ello, en su figura natural, oro o plata, cristalizan de forma aún más definitiva que en cualquier otra mercancía las relaciones sociales de los productores: el dinero, como fijación del equivalente, se convierte en el fetiche por excelencia.

De aquí la magia del dinero. El comportamiento meramente atomista de los hombres en su proceso de producción social y, con ello, también la figura cósmica de sus propias relaciones de producción —figura independiente de su control y de su acción consciente e individual—, se manifiestan de entrada en el hecho de que sus productos de trabajo toman en general la forma mercancía. El enigma del fetiche del dinero es, por lo tanto, tan solo el enigma del fetiche de la mercancía hecho visible y deslumbrante ante los ojos (Marx, 1962: 108).

<sup>9</sup> V. el análisis del «equivalente general» en el apartado dedicado al análisis de «La forma valor o valor de cambio», cap. 1 (Marx, 1962: 62-85).

### 1.3. El fetichismo del capital

El fenómeno del fetichismo del capital es más difícil de rastrear. Aunque ha provocado discusión entre los intérpretes, aquí se propone ubicar este fenómeno a lo largo de la sección 4 del libro I, sobre la producción del plusvalor absoluto, en los capítulos dedicados a la cooperación, la división del trabajo y la maquinaria, así como en algunos textos de *Teorías del plusvalor*<sup>10</sup>. Es la lectura que sostuvo Heinrich: «Finalmente, ya en el proceso inmediato de producción se muestra el fetiche del capital: las fuerzas productivas del trabajo social que se desarrollan mediante la cooperación, la división del trabajo y la introducción de maquinaria aparecen como fuerzas productivas el capital» (Heinrich, 2011b: 306)<sup>11</sup>. Estos procesos provocan una solidificación y autonomización de ciertas relaciones sociales de producción en un poder social ajeno a los productores y que aparece ante ellos como cosa a la cual correspondiera de suyo, como propiedad natural, una cierta fuerza productiva. Es decir, lo que son relaciones sociales de producción entre individuos aparecen como la propiedad natural de una cosa.

Esta idea aparece a lo largo de toda la sección 4. Mediante la cooperación (Marx, 1962: 354 y ss.) nace una fuerza productiva social de potencia y cualidad diferente a la mera suma de las fuerzas individuales; esta fuerza pertenece al capital, y los obreros, como órganos de esta función, «son solo una forma de existencia del capital. La fuerza productiva que desarrolla el trabajador como trabajador social es por lo tanto fuerza productiva del capital» (Marx, 1962: 351). A esta constitución de una nueva fuerza productiva social le es intrínseco una forma de cosificación o fetichismo: «Como la fuerza productiva social no le cuesta nada al capital, como, por otro lado, no es desplegada por el trabajador antes de que su tra-

bajo pase a pertenecer al capital, ella aparece como una fuerza productiva que el capital posee por naturaleza, como su fuerza productiva innata» (Marx, 1962: 353). En suma, fetichismo del capital significa que la mayor fuerza productiva del trabajo aparece, bajo condiciones capitalistas, como fuerza productiva del capital, como si fuera obra suya, como si «el capital», de suyo, en tanto misteriosa cosa o entidad, fuera productivo.

Los otros dos métodos de organización capitalista del trabajo, la división del trabajo y la maquinaria, que son la base asimismo de etapas específicas en el desarrollo histórico de este modo de producción —respectivamente, de la manufactura y la fábrica—, contribuyen y consuman el fetichismo del capital. En ellos, se realiza la tendencia de la aparición de la fuerza productiva del trabajador individual como fuerza productiva del capital, por cuanto tienden a convertir a aquél en una función parcial, apéndice o parte integrante del gran organismo animado de la fábrica o la manufactura, inútil e impotente fuera de éstas, como si los trabajadores debieran por naturaleza a tales organizaciones capitalistas la posibilidad de poner en obra su fuerza productiva (Marx, 1962: 358-381, 391 y ss.)<sup>12</sup>. Además, existen textos en *Teorías del plusvalor* donde Marx explicita la conexión entre el fetichismo del capital y el de la mercancía y el dinero<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> Con la división del trabajo, «La fuerza productiva que nace de la vinculación de varios trabajos aparece por tanto como fuerza productiva del capital» (Marx, 1962: 381); con la introducción de la maquinaria, se crea un nuevo cuerpo mecánico-social, un «monstruo mecánico» con «innumerables órganos de trabajo» (Marx, 1962: 402).

<sup>13</sup> «Puesto que, tan pronto se inicia el proceso de trabajo, el trabajo vivo —mediante el cambio de capital y trabajo— se incorpora al capital como actividad perteneciente a éste, [es natural que] todas las fuerzas productivas del trabajo social se manifiesten como fuerzas productivas del capital, ni más ni menos que la forma social general del trabajo [plasmada] en el dinero se manifiesta como la cualidad de una cosa. De este modo, la fuerza productiva del trabajo social y las formas específicas que adopta se presentan ahora como fuerzas productivas y formas del capital, del trabajo materializado, de las condiciones materiales del trabajo, que, en cuanto a la forma sustantivada del trabajo vivo, se enfrentan al trabajo vivo personificadas en el capitalista. *Volvemos a encontrarnos aquí con la inversión de los términos que, al estudiar la esencia del dinero, hemos calificado como fetichismos*» (Marx, 1956: 363) (cursiva nuestra). Un poco más adelante, Marx afirma acerca de la relación capital trabajo o del trabajo bajo el capital: «Esta relación es ya en su misma simplicidad una inversión, la personificación de una cosa y la cosificación de una persona» (Marx, 1956: 366). V. también pp. 366-377.

<sup>10</sup> Discutimos así la relevante obra de Grigat (2007: 59 y ss), la monografía más relevante aparecida en Alemania sobre el concepto de fetichismo en los últimos años. Es también interesante la lectura de Heinrich en su última obra (2013).

<sup>11</sup> Pero solo en esa obra. En trabajos posteriores apunta a una línea como la de Grigat, que sitúa el fetichismo del capital en los capítulos sobre el interés del libro III y, en todo caso, anticipado en el capítulo 4 del libro I, pero no en la sección 4. V. el comentario al capítulo 4.1 en Heinrich (2013).

## 1.4. La mistificación del salario

Si la mercancía era la forma matriz para las demás formas de fetichismo, el salario lo es para las de mistificación (Marx, 1962: 557-564). Marx utiliza la siguiente fórmula para caracterizar el salario como precio del trabajo: «Esta forma de manifestación, que hace invisible la relación efectiva y muestra justamente su contrario, (...)» (Marx, 1962: 562). Dice un poco antes: «En la expresión ‘valor del trabajo’, el concepto de valor no solo se ha disuelto completamente, sino que se ha invertido y transformado en su contrario» (Marx, 1962: 559). Se ve que Marx utiliza el término «mistificación» para designar una forma de manifestación que oculta la realidad efectiva y muestra «lo contrario» de ésta; o bien, recíprocamente, para designar una realidad que se manifiesta como invertida. Los propios términos dejan ver que no tenemos, *por un lado*, una realidad efectiva, y, *por otro*, una forma de manifestación falsa o aparente, sino que es el propio concepto de valor el que se ha invertido y transformado en su contrario: es la propia relación efectiva la que se muestra en esa forma de manifestación, solo que de otro modo. Es una y la misma realidad la que se manifiesta como invertida o contraria a lo que es, o, dicho de otro modo, esta forma de manifestación no es sino la propia realidad en cuestión apareciendo de cierto modo peculiar, a saber, invertido. Entonces «mistificación» es aquel estado de cosas que, bajo determinadas condiciones, en este caso, las condiciones que definen el modo de producción capitalista, aparece necesariamente y no puede aparecer de otro modo que *invertido*.

En todas las formas de mistificación, Marx sigue un proceder análogo: primero, muestra lo absurdo e irracional de la forma de aparición que aparece en la superficie de los fenómenos; después, desenmascara la relación efectiva que explica la apariencia superficial; pero por último, y esto es crucial, muestra la necesidad de la emergencia de esa forma de aparición para esa relación efectiva; mejor dicho, muestra la necesidad de que esa relación efectiva –pues no hay otra detrás– se manifieste, en el fenómeno, de esa forma en concreto.

En concreto, la mistificación del salario consiste en que la forma de manifestación «precio del trabajo» oculta o invisibiliza la relación real «precio de la fuerza de trabajo», mostrando su contrario; o, dicho de otro modo, la realidad «precio de la fuerza de trabajo» ha de manifestarse de forma invertida o como su contrario en la forma «precio del trabajo»<sup>14</sup>. Como el trabajador obtiene un salario a cambio de su trabajo, parece que aquél paga a éste, siendo así que si todo el trabajo fuera pagado, no sería posible el plusvalor, y como Marx ha demostrado ya, el único modo de resolver esta aporía respetando la ley de intercambio de equivalentes es suponer que lo que paga el salario no es el trabajo, sino la fuerza de trabajo.

## 1.5. La mistificación de la ganancia y el interés

La mistificación de la ganancia consiste en que, bajo condiciones capitalistas, el «plusvalor» se manifiesta bajo la forma de la «ganancia» o, en su forma ulterior, como «interés». Éstas son las formas de manifestación que invisibilizan la relación real de producción de plusvalor -o explotación de trabajo no pagado- en la que realmente tienen su origen y la invierten, haciéndolas aparecer como frutos del capital, aislado del trabajo<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> En la exposición de las formas de mistificación se encuentran dificultades. Lo que ya ocurriría con las formas más desarrolladas del fetichismo, dinero y sobre todo capital, se exagera aquí. En primer lugar, a excepción de la mistificación del salario, Marx no dedica apartados específicos a las diferentes formas de mistificación, sino que hay que rastrearlos cuidadosamente a lo largo del texto. En segundo lugar, los textos que versan sobre estas formas pertenecen a componentes de la obra de Marx no publicados por el autor. En tercer lugar, la tradición marxista ha ignorado ampliamente, si cabe de forma más notoria que respecto al fetichismo, la presencia de estos conceptos, con lo cual no existe un previo estudio sistemático y riguroso de los mismos.

<sup>15</sup> Libro III de *El capital*, ante todo en las secciones 1 «La transformación del plusvalor en ganancia y de la tasa de plusvalor en tasa de ganancia», 2 «La transformación de la ganancia en ganancia media», y 5 «Escisión de la ganancia en interés y ganancia empresarial. El capital que rinde interés». Especial dificultad ofrece el capítulo 24, «Enajenación de la relación capital en la forma del capital que devenga interés». Como ya se ha indicado a propósito del análisis del fetiche del capital, no hay acuerdo entre los intérpretes a la hora de delimitar claramente este concepto, y autores como Grigat o últimamente Heinrich lo sitúan principalmente en estos textos del libro III. Nuestra lectura defiende que la terminología de Marx apunta más distintamente a un concepto de mistificación antes que de

La ganancia es el excedente referido al total del capital invertido, que es lo único que interesa al capitalista, ocultándose así que el plusvalor emana tan sólo de la parte representada por el capital variable, la fuerza de trabajo: «En la ganancia en cuanto tal, el plusvalor y, por consiguiente, su fuente real [el trabajo], aparecen oscurecidos y mistificados. (...) Esta forma ya enajenada del plusvalor distinta de su primera forma simple, en que todavía muestra la cicatriz del cordón umbilical de su nacimiento y que en manera alguna puede reconocerse a primera vista, es precisamente su existencia como ganancia (...)» (Marx, 1962b: 451).

Los fenómenos de la competencia y la constitución de una tasa general de ganancia fortalecen esta apariencia. Pero sobre todo lo hace el nacimiento de la forma del interés. En él, el capitalista «industrial» —«productivo»— ha de pagar una parte de su ganancia al propietario de un mayor capital que él toma prestado: el interés es el precio del capital convertido en mercancía. Para el prestamista, el mero hecho de poseer dinero engendra más dinero. El movimiento característico del capital, o el retorno de un excedente de valor al propietario, dice Marx, «(...) recibe en el capital que devenga interés una figura totalmente externa, separada del movimiento real, cuya forma ella es» (Marx, 1964: 360). Tenemos aquí la forma vacía D-D', sin rastro del proceso de producción que ella presupone. La mistificación se ha consumado: el trabajo aparece como su puro contrario, como capital. Esta apariencia se consume por cuanto, a ojos del capitalista, este interés se contrapone a la ganancia empresarial, que aún mantiene la relación con el trabajo.

---

fetichismo, a pesar de que es cierto que en ese capítulo aparece explícitamente el concepto de fetichismo del capital referido al interés. Pero no por ello, creemos, todo lo que escribe Marx acerca de la ganancia y el interés ha de entenderse como fetichismo del capital. Nuestra tesis es que hay en dichos textos, ante todo, un tratamiento de la ganancia y del interés como mistificación, y una aparición puntual del interés como forma consumada del fetichismo del capital, pero no como fetichismo del capital exclusivamente y por sí mismo.

## 1.6. La mistificación de la renta del suelo

La «mistificación de la renta» consiste en que, bajo condiciones capitalistas, el «plusvalor» se manifiesta bajo la forma de «renta» o «precio del suelo», ocultando esta forma de manifestación la relación real de producción de plusvalor en la que tiene su origen y apareciendo éste como producto espontáneo del suelo natural<sup>16</sup>. La renta es el «precio del suelo» que el capitalista arrendatario ha de pagar al terrateniente a cambio de poder hacer uso productivo de ese suelo. Parece así que el suelo, como valor de uso, por una especie de fertilidad natural —aquí los fisiócratas cometen las falacias más flagrantes al identificar valor de uso y valor de cambio, señala Marx—, generara mágicamente una ganancia o renta inagotable. Dice Marx:

La relación de una parte del plusvalor, la renta dineraria (...) con el suelo es en sí misma vulgar e irracional, puesto que se trata de magnitudes inconmensurables que son aquí medidas la una contra la otra; un valor de uso determinado, una porción de suelo de tantos metros cuadrados por un lado, y valor, especialmente plusvalor, por el otro (...). *Prima facie* [de entrada] la expresión es la misma que si uno quisiera hablar de la relación de un billete de cinco libras con el diámetro de la tierra (Marx, 1964: 787).

Se oculta completamente que la renta es tan sólo, como el interés o la ganancia empresarial, un fragmento aislado del plusvalor y escindido de su único origen efectivo, el trabajo. La renta capitalizada que aparece como precio del suelo fortalece esta apariencia.

## 2. La teoría del valor de Marx y el fetichismo

Tratemos de ver ahora la importancia de estas formas de apariencia en la estructura conceptual de la crítica de la economía política.

Si uno atiende a algunos planes de trabajo e índices aparecidos en la correspondencia de Marx, podría esquematizarse la estructura de *El capital* de este modo: En

---

<sup>16</sup> Es analizada por Marx en la sección 6 del libro III de *El capital*, titulada «La transformación de la plusganancia en renta del suelo».

el libro I, aparecería: Valor de uso – valor de cambio y trabajo concreto – abstracto; Plusvalor en su forma pura; Salario como ocultación de la relación pura del plusvalor. En el libro II, nuevas determinaciones de formas nacidas del proceso de circulación. En el III, transformación del plusvalor en diferentes sus formas (ganancia, interés, renta tierra); Punto de llegada: formas del plusvalor como formas fenoménicas; tres clases sociales (Marx, 1964: 886-891; Marx, 1967: 326 y ss.; Marx, 1967b: 9 y ss.; Marx, 1967b: 70 y ss). Partiendo de una consideración puramente analítica, nos parece claro que puede establecerse un corte principal en la obra: el momento en que se introducen los conceptos de capital y de plusvalor, es decir, la sección 2, a partir de lo cual el resto de conceptos se refieren a él y son desarrollos suyos. Primero se introducen el «valor» y «trabajo», es decir, los conceptos necesarios para elaborar una «teoría del valor». El resto de los puntos aporta un análisis del plusvalor y del modo de producción basado en él, el capitalista. Puede dividirse la obra, pues en una teoría del valor –primera sección del libro I– y una teoría del plusvalor y sus formas – desde la sección 2 del libro I hasta el final del libro III–<sup>17</sup>.

Nuestra propuesta es, primero, comprender la teoría del valor de Marx como una teoría del carácter específicamente social del trabajo bajo condiciones capitalistas, y, segundo, mostrar que la clave de la teoría así entendida es el concepto de fetichismo.

Frente el enfoque meramente cuantitativo de las lecturas como la de Bohm-Bawerk o D. Guerrero, que tratan de refutar la teoría del valor asumiendo que ésta es, ante todo, un método de cálculo de la cantidad de trabajo contenida en la mercancía, demostrada por el argumento del «tercer término» (Guerrero, 2004; Guerrero, 1997: 43 y ss.; y Böhm-Bawerk, 2000: 104 y ss.)<sup>18</sup>,

<sup>17</sup> Este modo de expresión no ha de llevar a equívoco. No se trata de que estas dos partes trataran de sendos objetos, «la mercancía» o «dinero» y «el capital», como dos entes juxtapuestos: la división es estrictamente conceptual. El método dialéctico de Marx consiste en la exposición progresiva, en la linealidad de categorías enlazadas, de un todo complejo y simultáneo.

<sup>18</sup> Esta argumentación, por lo demás, ya fue empleada en tiempos de Marx por un economista llamado Bailey y recibió su correspondiente refutación del propio Marx en el capítulo dedicado a éste en Teorías del plusvalor (Marx, 1962 b: 1122-167).

nosotros afirmamos que la teoría del valor es una teoría del carácter social del trabajo. Según la lectura habitual, explica Heinrich (2011 b: 198 y ss.), lo que Marx habría hecho sería básicamente coger uno de los miles de actos de intercambio que tienen lugar en el mercado, contemplarlo y deducir que en el cambio se trata de igualar cantidades de trabajo. Estos argumentos de Marx se toman como una «prueba de la teoría del valor-trabajo» (Heinrich, 2011 b: 202). Ahora bien, Marx no se limita a contemplar la mercancía como un objeto empírico, encontrado más o menos accidentalmente, que se trataría de analizar según sus diferentes aspectos. Lo dice en *Glosas marginales a Adolph Wagner*, uno de sus últimos textos: «De donde parto es de la forma social más simple en la que se presenta el producto del trabajo en la sociedad actual, y esto es la «mercancía»» (Marx, 1960: 369). Pero entonces, dice Heinrich, «El objeto de investigación marxista no es sin más la mercancía, sino la mercancía como *forma social del producto del trabajo*, y lo social en la mercancía es su «valor». El problema, pues, que se propone Marx no consiste en «probar» que el trabajo es la sustancia del valor, sino en reconstruir, *a partir de esta forma social del producto del trabajo, el carácter específicamente social del trabajo, que así se presenta*» (Heinrich, 2011 b: 203). Es decir, se propone mostrar que el trabajo en condiciones capitalistas se manifiesta cristalizado en productos de intercambio y no puede mostrarse de otra forma; y no puede mostrarse de otra forma porque el único modo en que los trabajos privados adquieren su carácter social, es decir, entran en relación los unos con los otros, es por la vinculación de sus productos en el mercado. Sostenemos, entonces, que el objeto de la teoría del valor de Marx no es «demostrar» que el trabajo es la fuente del valor, sino investigar «el carácter específicamente social del trabajo».

La redacción de *El capital* puede llevar a equívoco, y habría que explicar los motivos que llevan a Marx a elegir esta presentación que sugiere la idea de «prueba» y que sirve de base a las «lecturas cuantitativas»<sup>19</sup>; pero la

<sup>19</sup> Que *El capital* contiene una «simplificación» de la teoría del valor es algo que puede considerarse probado desde los cuidadosos análisis de Backhaus de la «*short outline of the first part*» [breve esquema de la primera



cosa es clara si atendemos a la crítica de Marx a Ricardo: «Ahora bien, Ricardo *no entra a investigar* la forma, el carácter de este trabajo, la especial determinación del trabajo como creador de valor de cambio o como algo que se plasma en valores de cambio. (...) Para él, sólo se trata, momentáneamente, de la *magnitud de valores*»<sup>20</sup> (Marx, 1956b: 161). Donde hay que poner el foco es el «trabajo social», pero no del modo como lo ponen aquellos que «deducen» el trabajo como fuente del valor partiendo de un intercambio individual, sino atendiendo a la relación que guardan las mercancías como *producto social total* con ese trabajo como un *todo social*. En otro lugar de *Teorías del plusvalor*:

El error de Ricardo es que sólo se ocupa de la *magnitud de valor*. De ahí que sólo dirija su mirada a la *cantidad relativa de trabajo* que representan las mercancías, que contienen como valores materializados. Pero el trabajo contenido en ellas debe representarse como trabajo social, como trabajo individual enajenado. En el precio, esta representación es ideal. Sólo se realiza con la venta. Esta conversión de los trabajos de los individuos privados contenidos en las mercancías en *trabajos sociales iguales*, representables por tanto en todos los valores de uso, trabajo susceptible de ser cambiado por todo, este lado *cualitativo* de la cosa (...), no aparece desarrollado en Ricardo (Marx, 1962b: 128).

parte] en la carta a Engels el 2 de abril de 1858 y el Urtext, primeros esbozos conocidos de la teoría del valor, hasta la *Contribución* y las tres redacciones de la misma en *El capital* (Backhaus, 2011 b: 13 y ss). Nuestra hipótesis, imposible de desarrollar aquí por falta de espacio, es que la clave se encuentra en la discusión con Bailey reflejada en *Teorías del plusvalor*, simultánea la redacción de *El capital*: allí habría percibido Marx que una comprensión insuficiente de la relación entre valor y valor de cambio como su forma de manifestación podría provocar una relativización del mismo concepto de valor, lo cual era el mal mayor a evitar, pues sin el concepto de valor, para Marx, no hay siquiera el objeto de la ciencia (Alegre y Fernández Liria, 2010: p. 226; y Marx, 1964: 178).

<sup>20</sup> También en *El capital*: «La economía política, si bien de modo incompleto, ha analizado el valor y la magnitud del valor y ha encontrado el contenido oculto en estas formas. Pero nunca ha llegado a plantear la pregunta de por qué este contenido toma aquella forma» (Marx, 1962: 94). Es decir, se mantiene en un plano de análisis cuantitativo, sin llegar al análisis cualitativo de la forma. De aquí también la crítica a la teoría del dinero de Ricardo: «Esto [no investigar el carácter del trabajo] hace que no comprenda la conexión de *este trabajo* con *el dinero*, la necesidad de que se manifieste como *dinero*. No comprende, por tanto, en absoluto, la concatenación entre la determinación del valor de cambio de la mercancía por el tiempo de trabajo y la necesidad de las mercancías de avanzar hasta la creación del dinero. De ahí su falsa teoría monetaria» (Marx, 1956 b: 161).

Es decir, lo esencial es poder comprender el trabajo encarnado en las mercancías como trabajo que, siendo individual, llega a ser social precisamente mediante el intercambio o la venta: éste es el «lado cualitativo», no desarrollado por Ricardo, y el núcleo de la teoría del valor de Marx. El enfoque de Marx es, pues, no cuantitativo, sino *cualitativo*, y su pregunta relevante es: ¿qué tipo de trabajo o bajo qué condiciones el trabajo social adquiere la forma de valor de cambio? Para Ricardo, como para Guerrero o Böhm-Bawerk, el enfoque es cuantitativo, y la problemática empirista: se trata sólo de la magnitud del valor, de partir de un intercambio empíricamente dado y determinarlo cuantitativamente.

El enfoque cualitativo de Marx es más claro en la *Contribución*, de 1859, donde la pregunta por el carácter específicamente social del trabajo productor de mercancías queda formulada con mucha más claridad que en *El capital*. En la *Contribución* no encontramos nada parecido a una «demostración» de la teoría del valor. Aquí, nada más diferenciar valor de uso y valor de cambio, Marx dice: «Los valores de uso son, inmediatamente, medios de vida. A la inversa, estos medios de vida son ellos mismos productos de la vida social, resultado de fuerza vital humana ejercida, *trabajo objetivado*. Como material del trabajo social, todas las mercancías son cristalizaciones de la misma unidad. *Abora debemos considerar el carácter determinado de esta unidad, esto es, el trabajo que se presenta en el valor de cambio*» (Marx, 1961: 17, último subrayado nuestro). Es decir, Marx parte ya, de entrada, de las mercancías como cristalizaciones de trabajo social: no necesita el «tercero común» ni el «proceder demostrativo» para deducir el trabajo como sustancia del valor, ni pretende deducir la cantidad del mismo presente en el cambio, sino que parte de que las mercancías son de hecho cristalizaciones de ese trabajo, e intenta determinar carácter específico de ese trabajo. Y eso significa, ¿qué tipo de trabajo o bajo qué condiciones el trabajo se cristaliza en mercancías de modo que sólo en ellas se manifiesta su carácter social? Ésta es, pues, la pregunta de la teoría del valor de Marx; y ¿cuál es su respuesta?

La respuesta es el fetichismo. El concepto de fetichismo es justamente la explicación de cómo el trabajo adquiere su carácter social en el modo de producción capitalista: a través del intercambio, y cómo, por consiguiente, este carácter social aparece necesariamente como propiedad de la mercancía. En una carta a su amigo Kugelmann, Marx comenta lo siguiente a propósito de una reseña negativa sobre *El capital*: «El desventurado no ve que si en mi libro no hubiera el menor capítulo sobre el «valor», el análisis de las relaciones reales que yo hago contendría la prueba y la demostración de la relación de valor real. La palabrería sobre la necesidad de demostrar la noción de valor no descansa más que sobre una ignorancia total, no sólo de la cuestión de que se trata, sino también del método científico» (Marx, 1967 b: 552 y ss.). Es decir, se sitúa la cuestión perfectamente: la «prueba» o «demostración» de valor, lo que tanto Guerrero como Böhm-Bawerk como la tradición interpretativa consideran el núcleo de la teoría del valor de Marx, reposa sobre una «ignorancia total». Se va a hablar del valor, y el crítico no ha entendido absolutamente nada de lo que Marx ha dicho sobre el tema: no ha entendido que *no* se trata de demostrar que el valor de cambio entre mercancías se reduce a la cantidad de trabajo necesaria para producirlas. Pues bien, ¿qué dice a continuación, cuando pretende aclarar él mismo la clave de su teoría del valor, justamente lo que se le ha escapado al crítico?

Cualquier niño sabe que toda nación se derrumbaría si cesara el trabajo, no digo durante un año, sino aunque no fuese más que durante algunas semanas. Ese niño sabe igualmente que las masas de productos que corresponden a las distintas necesidades exigen diferentes y cuantitativamente determinadas masas de la totalidad del trabajo social. Es *self-evident* [evidente de suyo] que esa *necesidad* de la *distribución* del trabajo social en proporciones determinadas no queda en absoluto suprimida por la *forma determinada* de la producción social: sólo la forma en que se manifiesta puede ser modificada (...). Y la forma en que se realiza esta distribución proporcional del trabajo, en un estado social en el que la estructura del trabajo social se manifiesta en forma de un cambio privado de productos individuales del trabajo, esa forma es precisamente el *valor de cambio* de esos productos.

En términos similares se expresa en una carta a Engels:

En realidad, ninguna forma de sociedad puede impedir que *one way or another* [de una forma o de otra] el tiempo de trabajo disponible de la sociedad regule la producción. Pero mientras esa regulación no se realice por medio de un control directo y consciente de la sociedad sobre su tiempo de trabajo -lo que no es posible sino mediante la propiedad social-, sino por medio del movimiento de los precios de las mercancías, seguimos en la situación que tú has descrito de manera muy ajustada en los *Anales franco-alemanes* (Marx, 1967b: 9 y ss.).

Es decir, que de lo que sí habla la teoría del valor es de la forma determinada en que se distribuye la masa del trabajo social, presente en todas las sociedades, en la sociedad capitalista: a saber, «mediante el cambio privado de productos individuales del trabajo». En efecto, en una sociedad capitalista, en principio hay productores individuales: el modo en que su trabajo privado entra a formar parte de la totalidad del trabajo social, queda validado como tal trabajo, es el intercambio de mercancías en el mercado. Y el hecho de que esa distribución se manifieste mediante intercambio de productos es el valor de cambio de esos productos: es decir, el valor de la mercancía no es sino es el reflejo de la distribución del trabajo social en una sociedad donde el trabajo no pierde su carácter privado sino a partir del intercambio de dicha mercancía. Esto quiere decir que, en una sociedad capitalista, las relaciones entre individuos y su actividad productiva individual, su trabajo, sólo se establece mediada por objetos; y el intercambio de objetos es la forma de entrar en una relación social<sup>21</sup>.

<sup>21</sup> Este punto queda recogido en otro fragmento de la *Contribución*: «El intercambio de mercancías es el proceso en el cual el metabolismo social, es decir, el intercambio de los productos particulares de los individuos sociales, consiste en el mismo tiempo en la creación de determinadas relaciones sociales, en las cuales entran los individuos que forman parte de este metabolismo» (Marx, 1961: 37). Es decir, en una sociedad capitalista, o de intercambio generalizado, dicho intercambio de producto supone al mismo la creación de relaciones sociales. O, las relaciones sociales en una sociedad capitalista sólo se establecen por el intercambio de productos. Más concretamente, estas relaciones sociales son, desde el punto de vista del valor de uso, la creación de un todo de división del trabajo, y, desde el punto de vista del valor, el establecimiento de un trabajo productor de una objetividad específicamente social o mercancías. Este trabajo sólo existe como resultado de la vinculación de los trabajos privados no directamente, sino precisamente por la puesta en contacto de sus productos, vale decir, por el intercambio.

Esto es, entonces, de lo que sí se trata en la teoría del valor de Marx. Parece claro que en estos textos se establece claramente aquel estado de cosas que Marx designa explícitamente en *El capital* como fetichismo de la mercancía, y que se adhiere también al dinero y al capital, de modo que cabe hablar de una teoría completa del fetichismo: aquel fenómeno consistente en que una relación social entre hombres toma la forma de una relación entre cosas. Pues bien, como hemos dicho, lo que hace la teoría del valor es plantear la pregunta por la forma determinada en que se distribuye la masa del trabajo social, que está presente en todas las sociedades, en la sociedad capitalista, y lo que responde, se ve ahora, es que en una sociedad donde el trabajo social se manifiesta sólo en forma de cambio privado, la forma en que se distribuye el trabajo social aparece como valor de cambio de esos productos, esto es, como propiedad de un objeto. Pero entonces, las relaciones sociales de trabajo aparecen como propiedades de cosas: la teoría del fetichismo no será sino el contenido mismo de la teoría del valor, la explicación de cómo las relaciones entre hombres pueden llegar a aparecer como relaciones entre cosas, entre cierto tipo de cosas, mercancía, dinero, capital. Lo que dice Marx en *El capital* apoya esta interpretación: «Este carácter de fetiche del mundo de las mercancías surge, como ya hemos mostrado en el análisis anterior, del carácter social idiosincrásico del trabajo productor de mercancías» (Marx, 1962: 87). A continuación explica cómo los trabajos privados pasan a formar parte del o cuentan como trabajo social sólo a partir y a través del intercambio de sus productos en el mercado. Sólo ahí adquieren los productos una objetividad distinta de su objetividad natural: la objetividad de valor. Sólo ahí se convierten, propiamente, en mercancías. Así, la explicación del fenómeno del fetichismo es la indagación de la forma específica que el trabajo social toma en condiciones capitalistas, y, por tanto, el contenido mismo de la teoría del valor.

Entonces, el vínculo entre teoría del valor y teoría del fetichismo es justamente éste: la teoría del fetichismo es la respuesta a la pregunta de la teoría del valor. Simplemente exponiendo la teoría del valor, se encuentra el

fetichismo cumpliendo una función «estructural», como contenido real y concreto de la teoría del valor, como aquel concepto que perfila los elementos recíprocamente situados que hacen que un modo de producción sea, precisamente, capitalista. La formulación habitual de la teoría del valor, dice acertadamente Rubin, afirma que el valor de una mercancía depende del trabajo necesario para producirla, pero:

Es más exacto expresar la teoría del valor a la inversa: en una economía mercantil-capitalista, las relaciones laborales de producción entre los hombres adquieren necesariamente la forma del valor de las cosas, y sólo pueden aparecer en esta forma material: el trabajo sólo puede expresarse en valor. Aquí el punto de partida de la investigación no es el valor sino el trabajo; (...) La teoría del valor-trabajo no se basa en un análisis de las transacciones de cambio como tales en su forma material, sino en el análisis de esas relaciones sociales de producción expresadas en las transacciones (Rubin, 1974: 114).

Se apunta ya aquí al fetichismo como clave de un planteamiento correcto de la teoría del valor de Marx. Esto es algo que ha sido generalmente ignorado, advierte Rubin: «Pero tanto defensores como adversarios del marxismo han considerado la teoría del fetichismo principalmente como una entidad independiente y separada, que internamente apenas tiene relación alguna con la teoría económica de Marx» (Rubin, 1974: 53). Nada más lejos de la realidad. Una lectura superficial, como la de Böhm-Bawerk, podría hacer pensar que el valor de uso y el valor de cambio son «propiedades de las cosas», y se trata de descubrir el trabajo como «origen» de esa propiedad, el valor. Pero, dice Rubin, «La teoría del valor-trabajo no descubrió la condensación material del trabajo (...) en las cosas que son productos del trabajo; la teoría del valor-trabajo descubrió el fetiche, la expresión cosificada del trabajo social en el valor de las cosas. (...) El trabajo se expresa y se refleja [*sich darstellt*] [en el valor]. (...) Así, lo que se revela es una inseparable conexión entre la teoría del valor de Marx y sus bases metodológicas generales formuladas en su teoría del fetichismo de la mercancía» (1974: 125-126). Por todo ello suscribimos plenamente una afirmación de Rubin que condensa todo lo desarrollado hasta aquí: «La teoría del

fetichismo es, *per se*, a base de todo el sistema económico de Marx, y en particular de su teoría del valor» (1974: 53). Así, el fetichismo es nada menos que «una teoría general de las relaciones de producción en la sociedad capitalista», y, por poner en juego los elementos básicos y las relaciones entre sí que constituyen la estructura definitoria y constitutiva de la sociedad capitalista, constituye una teoría general de dicha sociedad<sup>22</sup>.

### 3. La teoría del plusvalor de Marx y la mistificación

Tenemos que ver ahora la teoría del plusvalor como una teoría de las relaciones efectivas de producción y sus formas de manifestación. Habremos de mostrar que es connatural al plusvalor y su producción una estructuración según ciertas formas aparentes: que, dicho de otro modo, la teoría del plusvalor de Marx contiene como parte constitutiva el análisis de las formas de mistificación o formas fenoménicas tergiversadas que se manifiestan en la superficie de la sociedad capitalista<sup>23</sup>.

Si antes nos opusimos a la lectura cuantitativa de la teoría del valor, tenemos que discutir ahora la lectura de aquellos que ubican a Marx como un mero seguidor de Ricardo, un seguidor más intrépido que habría osado

descubrir el «secreto» con el que Ricardo topó: que en la mercancía yace cristalizado trabajo no pagado. El secreto, pues, de la explotación, ahora desvelado, y el trabajo como oscura y oculta fuente del valor, realidad única y fundamental más allá de las apariencias y razón de ellas y su encadenamiento en el aparecer. Este sería el primer camino de Marx: de la apariencia al fundamento. Es ésta la lectura tradicional del concepto de plusvalor de Marx, como por ejemplo la de Schumpeter (1997: 66). Recoge, de modo bastante superficial, la presentación del plusvalor que hace Marx en la sección 2 del libro I, y que acaba del siguiente modo: «Ahora abandonamos, por tanto (...), esta ruidosa esfera asentada en la superficie y accesible a los ojos de todos, para seguirles a ambos en el camino hacia la oculta sede de la producción (...). Aquí se mostrará no sólo cómo produce el capital, sino también cómo se produce él mismo. El secreto que envuelve la producción de plusvalor ha de ser, finalmente, desvelado» (Marx, 1962: 189).

Pero, entonces, ¿por qué habría necesitado Marx dos tomos más, cuando «el secreto del plusvalor» ya estaba desvelado, en rigor, a principios del tomo I? Respuesta: porque la realidad capitalista no es transparente, sino que aparece invertida. Falta el segundo paso de Marx: del fundamento al fenómeno, o la aparición de lo oculto. Para desvelar el secreto del plusvalor, no sólo hay que encontrar el [plus]trabajo como contenido oculto del [plus]valor, también hay que explicar por qué aquel contenido toma esta forma tergiversada. Recordemos que la propia relación fundamental que produce plusvalor, la relación capital-trabajo, reposa sobre términos que sólo existen ya como tergiversados, que no aparecen tal cual son: las fuerzas productivas sociales, por un lado, en su funcionamiento efectivo se cosifican convirtiéndose en fetiche del capital, y, por otro, su valor aparece mistificado bajo la forma del salario. Asimismo, hay que aclarar cómo la forma pura del plusvalor toma las diferentes formas mistificadas de aparición de salario, ganancia, interés y renta. Se plantea para Marx la tarea de elaborar lo que podríamos llamar «una fenomenología del plusvalor», o teoría de las formas de aparición del mismo.

<sup>22</sup> «Partiendo de un supuesto sociológico concreto, a saber, de la estructura social concreta de una economía, la economía política nos da ante todo las características de esta forma social de economía y las relaciones de producción que son específicas a ellas. Marx nos brinda estas características generales en su «teoría del fetichismo de la mercancía», que podría ser llamada más exactamente una teoría general de las relaciones de producción en la economía capitalista mercantil» (Rubin, 1974: 49-50). Habría que esperar hasta los años 60, con el desarrollo de la «nueva lectura de Marx» en Alemania, para encontrar eco de esta prodigiosa lectura de Rubin y que el fetichismo recibiera el reconocimiento que merece en la economía conceptual de Marx (Ruiz Sanjuán, 2008: 10). Aquí se hace imprescindible seguir el camino abierto por Backhaus en sus trabajos de finales los años 70, «Sobre la dialéctica de la forma de valor» y «Materiales para la reconstrucción de la teoría del valor de Marx», que aparecen recogidos, junto con aportaciones posteriores, en el volumen citado *Dialektik der Wertform*.

<sup>23</sup> A nivel interno del texto de Marx, entonces, la cuestión queda planteada así: la «teoría del plusvalor» de Marx, que ocupa desde la sección 2, «La transformación del dinero en capital», hasta la 6, «El salario», es decir, prácticamente lo que resta del libro I, ¿en qué relación se encuentra con las formas aparentes que Marx va desgranando a lo largo de todo *El capital*, especialmente en el libro III?

Y aquí aparece la que es, además de los conceptos de fetichismo y mistificación aplicados al capital y al trabajo, la contribución más genuina de Marx a una teoría del plusvalor: la «Fórmula Trinitaria». Las formas que toma el producto de la relación capital-trabajo, el plusvalor, y que son analizadas en el libro III, no aparecen desgajadas, accidentalmente o yuxtapuestas unas frente a las otras, sino que constituyen una cierta unidad. Esta unidad que sistematiza la totalidad de las formas aparentes como presentación última de la totalidad del proceso social de producción, la imagen invertida atrapada en la superficie de la circulación y que calca la economía vulgar, es la «Fórmula Trinitaria». Ella recoge la visión de conjunto y todos los secretos de la producción social. Es como sigue:

Capital – ganancia (ganancia empresarial más interés), suelo – renta de la tierra, trabajo – salario, ésta es la fórmula trinitaria que recoge todos los secretos del proceso de la producción social. Dado que, como ya se mostró anteriormente, el interés aparece como el producto propio, característico del capital, y la ganancia empresarial, en contradicción a ello, como un salario independiente del capital, aquella fórmula trinitaria se reduce, para ser exactos, a ésta: Capital – interés, suelo – renta de la tierra, trabajo – salario, en la cual la ganancia, la forma del plusvalor que caracteriza específicamente al modo de producción capitalista, ha sido felizmente apartada (Marx, 1964: 822).

Marx expone, respecto a los términos de esta fórmula, primero, su carácter irracional y mistificado; pero segundo, la necesidad de su aparición, y de su aparición como unidad, refiriéndolo al producto social total (1964: 822 y ss.)<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> Marx discute así lo que él llama «el dogma smithiano», la teoría de A. Smith de los componentes del precio. Heinrich lo resume así: «El capital, la propiedad del suelo y el trabajo son fuentes de ingreso porque son medios de apropiación; en condiciones capitalistas, es posible apropiarse en forma de ingresos de una parte del producto anual por medio del capital, la propiedad del suelo y el trabajo. Sin embargo, para los agentes de la producción (capitalistas, propietarios del suelo y fuerzas de trabajo), al igual que para la mayoría de las teorías económicas, la situación se presenta de forma invertida. El capital, la propiedad del suelo y el trabajo se les aparecen como tres fuentes del valor producido anualmente, distintas las unas de las otras e independientes entre sí; y sólo porque son fuentes de valor pueden llegar a ser —ésta es la conclusión a la que llega tanto el entendimiento común como el economista— medios de apropiación de partes de este valor. A los agentes de producción les parece que el capi-

Puede afirmarse, pues, que es constitutivo a la teoría del plusvalor de Marx una teoría de la generación de formas aparentes y de la ocultación necesaria de la propia estructura que esa teoría desvela y explica. Por decirlo condensadamente: la teoría del plusvalor de Marx es ya una teoría de las formas de mistificación<sup>25</sup>. El objetivo final al que se encaminaba toda la exposición de las categorías de la crítica de la economía política, desde las más simples a las más concretas, era acabar en la superficie más inmediata y concreta de la realidad capitalista, allí de donde el economista vulgar toma su punto de partida<sup>26</sup>. Pero al contrario que éste, se ha recorrido todo el camino desde el fundamento hasta su forma de aparición: lo más inmediato, como aprendió Marx de Hegel, es lo más concreto y lo que exige mayor mediación conceptual para ser comprendido. El asunto se presenta para Marx de modo bien distinto que para el economista vulgar: se ha explicado el movimiento aparente, se ha introducido una mediación conceptual que pretende determinar lo que parece inmediato. No otra cosa le interesa a Marx. Veamos un texto del final del libro III donde Marx presenta, como colofón de todo lo desarrollado, tras centenares y miles de páginas de paciente análisis de la abigarrada multiplicidad de formas económicas, la reunión de todo ello en la Fórmula Trinitaria como expresión consumada y acabada de un *sistema de la ilusión*:

tal, la propiedad del suelo y el trabajo reciben (en condiciones normales) como ingresos justamente la parte del valor que su «factor de producción» agrega en valor al producto» (Heinrich, 2008: 186).

<sup>25</sup> Ambos análisis aparecen frecuentemente desconectados en los intérpretes de Marx. Es por ejemplo sorprendente que Balibar, habiéndose referido a esta teoría de las formas aparentes transformadas de la ganancia y a la necesidad de derivarlas como formas transformadas del plusvalor, afirme esto a continuación, ignorando así la importancia de las formas derivadas que él mismo había mencionado: «El ‘misterio’ de la creación del plusvalor por el movimiento del capital no tiene, pues, más secreto que el conjunto de las condiciones técnicas (productividad del trabajo) y sociales (forma del trabajo asalariado) que permiten al trabajo crear un valor que exceda al de la fuerza de trabajo» (Balibar, 1976: 54).

<sup>26</sup> «Hemos llegado finalmente a las formas fenoménicas que sirven de puntos de partida al economista vulgar: renta derivada de la tierra, ganancia (interés) derivada del capital, salario derivado del trabajo. Pero en el punto en que nos encontramos, el asunto se presenta ahora de forma muy distinta. Se explica el movimiento aparente. (...) El movimiento de conjunto visto tras esa forma aparente» (Marx, 1967b: 70 y ss.).

En capital – ganancia, o mejor dicho, capital – interés, tierra – renta del suelo, trabajo – salario, en esta trinidad económica como conjunción de las partes componentes del valor y de la riqueza en general con sus fuentes, está consumada la mistificación del modo de producción capitalista, la cosificación de las relaciones sociales, el recubrimiento inmediato de las relaciones materiales de producción con sus determinidades histórico sociales: el mundo encantado, invertido y puesto de cabeza donde Monsieur le Capital y Madame la Terre merodean espectralmente [*ihren Spuk treiben*] como caracteres sociales y al mismo tiempo, inmediatamente, como meras cosas» (Marx, 1964: 838).

Es este estudio de la dialéctica entre fundamento y aparición lo que constituye la diferencia específica de la economía política de Marx. Respondiendo entonces a Schumpeter, y ya concluyendo: ¿es Marx un ricardiano? También Marx, por ejemplo, utiliza la categoría de ganancia, como Ricardo, pero en lugar de insertarla forzosamente en un marco conceptual con el cual está a primera vista en contradicción (la teoría valor-trabajo), elabora la génesis que transforma la categoría de valor en la de ganancia media, pasando por las categorías de precio de costo, precio de producción y tasa de ganancia<sup>27</sup>. Declarar una supuesta filiación atendiendo sólo a los nombres en la teoría e ignorando el funcionamiento de los conceptos y su marco teórico, como hace Shumpeter, es pura incapacidad. Marx sitúa la problemática de Ricardo, y con ello de toda la economía política clásica, en la relación entre fundamento y fenómeno, y critica a Ricardo y a la economía política precisamente por no haber dado una respuesta satisfactoria a este problema y haberse contentado con el descubrimiento del fundamento oculto, el trabajo como fuente del valor y plusvalor-ganancia, sin poder retornar de nuevo a la superficie para comprenderla en su determinación, mezclando determinaciones del fundamento y de la superficie. Queda meridianamente claro que Marx era perfectamente consciente de la carencia en la econo-

mía política clásica de una teoría propia de las formas de apariencia y su articulación con las relaciones esenciales; esperamos haber mostrado que esta carencia la subsana él mismo, por un lado, con su propia teoría del plusvalor y las formas mistificadas del mismo recogidas en la «Fórmula Trinitaria»<sup>28</sup>, y, por otro, con una teoría del valor que apunta a la constitución del trabajo como social mediado por formas cosificadas y fetichizadas de objetivación. De aquí, en suma, el papel fundamental de las categorías de fetichismo y mistificación en la crítica de la economía política de Marx.

## Bibliografía

- ALEGRE, Luis & FERNÁNDEZ LIRIA, Carlos (2010), *El orden de El capital. Por qué seguir leyendo a Marx*, Madrid: Akal.
- BACKHAUS, Hans-Georg (1969), «Zur Dialektik der Wertform», Alfred Schmidt (ed.), *Beiträge zur marxistischen Erkenntnistheorie*, Frankfurt am Main: Subkamp, reimpresión ampliada en: Backhaus, Hans-Georg (2011b), *Dialektik der Wertform. Untersuchungen zur Marxschen Ökonomiekritik*, Freiburg: Ça Ira, p. 13 y ss.
- (2011), «Zur Marxschen «Revolutionierung» und «Kritik» der Ökonomie: die Bestimmung ihres Gegenstandes als Ganzes «verrückter Formen»», *Dialektik der Wertform. Untersuchungen zur Marxschen Ökonomiekritik*, Freiburg: Ça Ira, pp. 299-333.
- BALIBAR, Étienne (1976), *Cinco ensayos de materialismo histórico*, Barcelona: Laia.
- BÖHM-BAWERK, Eugen von (2000), *La conclusión del sistema marxiano*, Madrid: Unión Editorial.
- GRIGAT, Stephan (2007), *Fetisch und Freiheit. Über die Rezeption der Marxschen Fetischkritik, die Emanzipation von*

<sup>27</sup> Marx señala que Ricardo desliza «bajo cuerda la premisa de una tasa general de ganancia»: no ve claramente cómo del valor nace el plusvalor, de él la ganancia y de allí una tasa general. Esto es, saca de golpe las premisas de las relaciones desarrolladas capitalistas cuando debía contemplar sólo la mercancía. Y ello no por excesiva abstracción, sino por falta de ella, por incapacidad de abstraerse del fenómeno (la ganancia) para derivarlo desde su fundamento (Marx, 1956 b: 188).

<sup>28</sup> En lugar de esto, la ‘economía política marxista’ (...) se constituyó alrededor de una teoría del valor-trabajo fuertemente *simplificada* y una teoría de la explotación similar a la de los ricardianos de izquierdas en los 1830. (...) Incluso textos elaborados que presentaban la economía marxiana, como los de Sweezy, Meek o Mandel, no prestaban atención alguna —o muy pequeña— a cuestiones como el análisis de la forma valor, el fetichismo de la mercancía, la Fórmula Trinitaria, etc.; cuestiones que muestran la *differentia specifica* de la teoría del valor de Marx como una crítica de la economía política (Heinrich, 2009: 73).

- Staat und Kapital und die Kritik des Antisemitismus*, Freiburg: Ça Ira.
- GUERRERO, Diego (1997), *Historia del pensamiento económico heterodoxo*, Madrid: Trotta.
- (2004), «¿Es posible demostrar la teoría laboral del valor?», <<http://pc1406.cps.ucm.es/articulos/%C2%BFES%20posible%20demostrar%20la%20TLV.htm>>
- HEINRICH, Michael (2008), *Crítica de la economía política. Una introducción a El capital de Marx*, Madrid: Escolar y Mayo.
- (2009), «Reconstruction or Deconstruction? Methodological Controversies about Value and Capital, and New Insights from the Critical Edition», Riccardo Bellofore & Roberto Fineschi (eds.), *Rereading Marx. New Perspectives after the Critical Edition*, Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- (2011), «Entstehungs- und Auflösungsgeschichte des Marxschen ‘Kapital’», Werner Bonefeld & Michael Heinrich (eds.), *Kapital und Kritik. Nach der ‘neuen Marx-Lektüre’*, Hamburg: VSA, pp. 155-198.
- (2011b), *Die Wissenschaft vom Wert. Zwischen klassischer Tradition und wissenschaftlicher Revolution*, Münster: Westfälisches Dampfboot.
- (2013), *Wie das Marxsche ‘Kapital’ lesen? Leseanleitung und Kommentar zum Anfang des ‘Kapital’*, Bd. 2, Stuttgart: Schmetterling Verlag.
- MARX, Karl (1956) [1862-1863 (inédito)], *Theorien über den Mehrwert*, MEW 26.1.
- (1956 b) [1862-63 (inédito)], *Theorien über den Mehrwert*, MEW 26.2.
- (1960), [1881-1882 (inédito)], «Randglossen zu A. Wagners ‘Lehrbuch der politischen Ökonomie’», MEW 19, pp. 355-382.
- (1961) [1859], *Zur Kritik der politischen Ökonomie*, MEW 13.
- (1962) [1890], *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Erster Band: Der Produktionsprozess des Kapitals*, MEW 23.
- (1962b) [1862-63 (inédito)], *Theorien über den Mehrwert*, MEW 26.3.
- (1964) [1894], *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie. Dritter Band: Der Gesamtprozess der kapitalistischen Produktion*, MEW 25.
- (1965), «Brief an Lasalle, 22. Februar 1858», MEW 29, p. 550 y ss.
- (1967), «Brief an Engels, 24. August 1867», MEW 31, p. 326 y ss.
- (1967b), «Brief an Engels, 8. Januar 1868», MEW 32, p. 9 y ss., «Brief an Engels, 30. April 1868», p. 70 y ss., «Brief an Kugelmann, 11. Juli 1868», p. 552 y ss.
- (1983), *Das Kapital. Kritik der Politischen Ökonomie. Erster Band: Der Produktionsprozess des Kapitals [Hamburg 1867 (1. Auflage)]*, MEGA II/5.
- RUBIN, Isaak Illich (1974), *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, Buenos Aires: Ediciones Pasado y Presente.
- RUIZ SANJUÁN, César (2008), «Prólogo. La nueva lectura de Marx», Michael Heinrich, *Crítica de la economía política. Una introducción a El capital de Marx*, Madrid: Escolar y Mayo, pp. 7-25.
- SCHUMPETER, Joseph Alois (1997), «Karl Marx (1818-1883). La doctrina marxista», *Diez grandes economistas: de Marx a Keynes*, Madrid: Alianza Editorial, p. 33-45.
- WALLAT, Hendrik (2005), «Der Begriff der Verkehrung im Denken von Marx», *Marx-Engels Jahrbuch 2004*, Berlin: hg. IMES Amsterdam, Akademie Verlag, pp. 68-102.